

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. GARRIDO.—Madrid.

- Creo que son tía y sobrino.
—Pues por la cara más parecen tía y primo.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

3.—Golosina.

K K

Ciudad de Cuenca S Enfermedad

Ciudad de México

4.—Charada.

—Mira que *tercia prima* tengo la *segunda prima*, y además está llena de *dos tercias*.

—Pues me he dado una *cuarta segunda* limpiándola, precisamente para evitar te pongas tan *todo* como de costumbre.

5.—Un partido... y no judicial.

Pueblo de Murcia

P

A

Piano

Violín

Violoncello

Crustáceo

6.—Agudo y duro.

1000

50 1000 50

O

7.—Para leer.

MAR y MAR

8.—Lo hace un miedoso.

RAJ hablar ADO

9.—Charada.

—¿Qué *prima dos tercias* tu tío par a que yo le dé el *tercia cuarta*?

—Porque dice que es de él.

—Pues toma el *cuarta segunda* y dile que para nada le vale el *todo*.

10.—Para correr.

ANDA

500 500

Chato



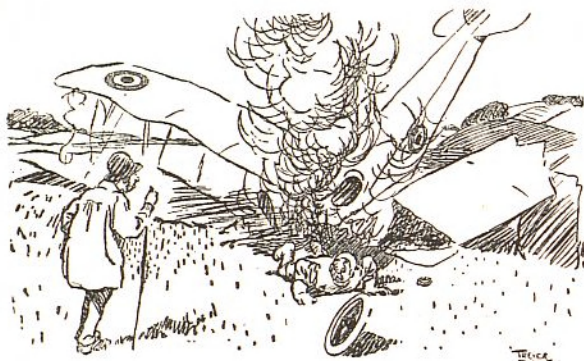
Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.



EL ALDEANO.—¿Pero, qué ha sido eso? ¿Un accidente? ¿Una imprudencia? ¿Una avería?

EL AVIADOR.—No. Lo que me ha pasado es que me he caído de un nido.

(Del London Mail, Londres)

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D E

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

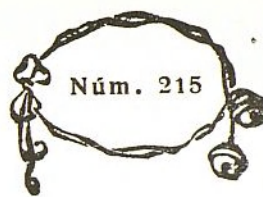
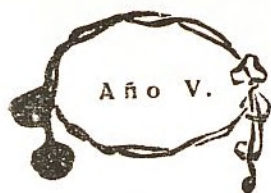
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragón, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



¡ABAJO EL AÑO NUEVO!



¡H! ¡Ya estás aquí, Año Nuevo! ¡yo te saludo! Pasa... Mi corazón al verte se extremece de alegría, una alegría tan grande, que para expresarse ha de recurrir a un término extranjerizado:

¡Hurra por tí, Año Nuevo!

Pero veamos, veamos... ¿Por qué siento tanto gozo en recibirte? ¿Acaso porque fuí uno de los ochenta mil imbéciles que se comieron las doce uvas en la Puerta del Sol? ¿Quizá porque terminas en 6, y el 6 lo hago yo con una elegancia «versallesca»? No. Esos no son motivos suficientes. Estrújome el cerebro, me autoinspecciono, pienso, analizo, inquiereo, pregunto y no hallo razón ninguna para aia-barte.

¿Qué me traes, Año Nuevo? Nada nuevo seguramente. Y nada bueno. Lo de siempre... Días en que hará frío; otros en que hará calor; otros en que no hará ni calor, ni frío. Muchos en que habrá viento. Paralelamente, piernas torneadas y piernas aristadas; mórvidos escotes y escotes angulosos. Piel de armiño; gentiles abanicos, pero, ¡ay! llenos de algo que llaman versos los hiperbólicos. Sombreros de paja que no nos libran del sol; paraguas que descargan la lluvia sobre nuestros hombros... ¡Nada nuevo! ¡Nada bueno!

Te conozco, Año Nuevo, pintor decorador, escenógrafo de la Naturaleza... Mojarás los pinceles, y pintarás árboles frondosos, valles de cespé, jardines floridos, paisajes a lo Regidor... Luego, pintarás árboles esqueléticos, extensos páramos, jardines sombríos... ¡Nada nuevo!

Y, lo repito, nada bueno. Seguiremos viendo a Fulano, que canta el «Gitanillo», y lleva el compás con los pies en el concierto; y a Zutano, que nos estruja la mano

cuando nos la estrecha; y a Mengano, que es muy gracioso y gasta bromas muy pesadas, porque las bromas «o pesadas o no darlas», y a Perengano, que nos grita en el oído; y a la señorita espiritual que se atasca de patatas en Molinero; y a la otra, que pone unos ojos muy tiernos cuando nos mira; y a la de acá, que nos pide chistes; y a la de allá, que nos demanda versos; y a la de acullá, que los recita; y a ésta, que es muy guapa, pero muy tonta; y a la otra, muy discreta, pero muy fea; y a la que es sufragista; y a la que es gazmoña; y a la que pasa por nuestro lado una sola vez; y a la que no nos preocupa debiendo, acaso, preocuparnos...

Entonces—reconócelo, Año Nuevo—¿por qué alegrarme de tu venida?

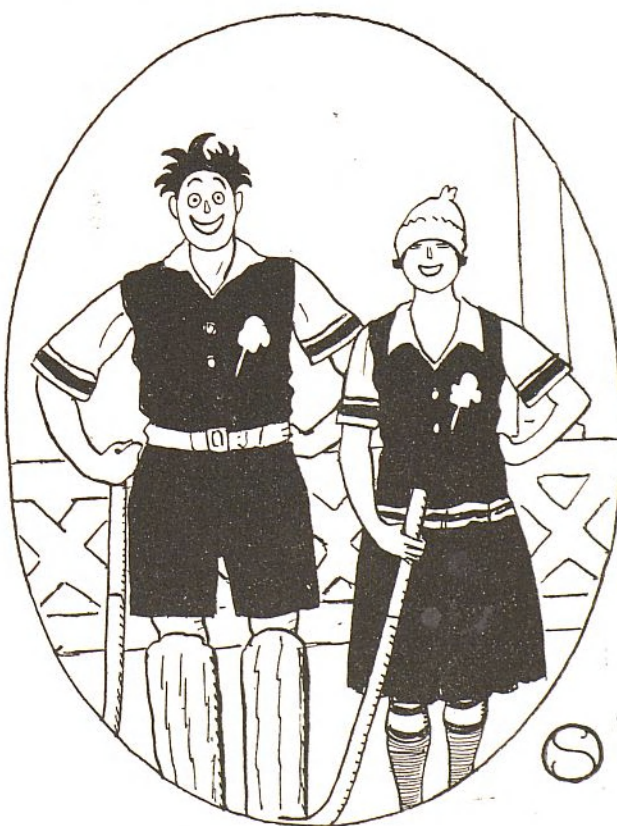
¡Ah! ¡Si no llegases nunca! ¡Si, al menos, no vinieses todos los años! ¡Si sólo te presentarás de década en década! ¡Cómo te lo agradecería ese «notable» escritor, que ahora te desea ver con frecuencia para alcanzar el «ilustre»! Y ese otro que ya obtuvo el «ilustre», y aguarda el «insigne». Y ese escultor que anhela una primera medalla. Y ese pintor que espera pintar bien cuando le hayas visitado muchas veces. Y esa señora que se depila y se tiñe y se blanquea y se estuca a pesar de lo cual tiene cincuenta y cuatro años, aunque no confiesa más que cuarenta y cinco, porque no representa más que sesenta y tres...

Si vinieses de década en década, el escritor insigne lo sería a los cuarenta años y no a los noventa; el escultor ganaría su medalla en plena madurez; el pintor—caso insólito en España, donde los buenos pintores han de ser ancianos, que son los únicos que pueden, impunemente, pintar mal—pintaría bien en plena juventud; la señora podría decir: «tengo dieciocho abriles»...

Vamos a unirnos todos contra tí. Pediremos al ministro de la Gobernación que te detenga por alterador del orden social. Oye mi pregón, Año Nuevo. Como un heraldo medioeval, con la trompeta de mi indignación en la boca y la enseña de nuestra monótona vida cotidiana en la diestra, voy voceando por ahí:

Vosotros, literatos, artistas... Usted, señora, y tantas otras como usted... Todos los que este año seguiréis siendo lo que fuisteis siempre... ¡Unámonos! Vayamos por las calles conquistando prosélitos y como los coros zarzueleros, digamos a voz en grito con música del maestro Luna:

¡Abajo el Año Nuevo!



Dib. SILENO.—Madrid.

DIEGO PRADO DEL AGUILA

LA COMPETENCIA

I

Al mes escaso de inaugurarse la perfumería denominada «La lila de oro», abrió sus puertas al público, en la misma calle y casi enfrente, otra tienda de igual género titulada «El pensamiento sencillo». Y, entre ambas rivales, dió comienzo una competencia terrible.

II

El dueño de «La lila de oro», Aristides Socuélamos, colocó en el escaparate de su establecimiento una cartulina en la que podía leerse: «¡Atención! Al que compre en esta perfumería un litro de agua de colonia, se le hará el obsequio de cien gramos de esencia de rosas».

Ello obligó al dueño de «El pensamiento sencillo», Fernando Pérez y Repérez, a colocar otro cartelito en el escaparate de su tienda redactado en esta forma: «A todo comprador de cien gramos de esencia de rosas, se le regalará un litro de nuestra magnífica agua de colonia».

III

La situación no podía quedar así. Aristides Socuélamos, advirtiéndose derrotado por su competidor, cambió el cartel por otro que decía: «Todas las semanas rifamos, entre nuestros parroquianos, una moneda de oro de veinticinco pesetas».

Y Fernando Pérez y Repérez cambió también el suyo por este otro: «A cada

comprador le regalamos una hermosa y reluciente moneda de oro de veinticinco pesetas».

IV

Lo de las monedas de oro atraía al público pero no era negocio, quizás por el mucho interés que despertó el reclamo. Había que inventar otra cosa. Y fué Aristides Socuélamos el que ideó regalar, al que presentara tickets por valor de cuatrocientas pesetas, un magnífico aparato de radio.

La realización de esta idea fué causa de que su rival, Fernando Pérez y Repérez, prometiese entregar a todo parroquiano que hiciese un gasto de quince pesetas, una magnífica pianola eléctrica.

V

En ambos establecimientos hubieron de hacerse grandes economías. Fueron suprimidos los dependientes, los cajeros y los anuncios luminosos que, colocados sobre las portadas, llamaban la atención de los transeúntes. Hubo también que suprimir las rifas y los regalos... Aristides Socuélamos y Fernando Pérez y Repérez conocieron el abrazo del monstruo de la competencia. Estaban arruinados.

Y una mañana, el dueño de «El pensamiento sencillo» observó que, ante las puertas cerradas del establecimiento de su rival, había un grupo de gente.

—Algún truco nuevo—pensó.

Y, con disimulo, cruzó la calle y se acercó al establecimiento de su enemigo. Hacía comentarios la gente y algunas palabras con miserables llegaron a los oídos de Fernando Pérez y Repérez.

Pegado en el rizado metal del cierre había un papel con orla negra en el que se leía: «Cerrado por defunción».

—Lo que yo esperaba: un truco. Se ha muerto para llamar la atención. Cuando sus herederos abran de nuevo el establecimiento, el público acudirá en tropel... ¡Maldita sea!...

Pero una idea genial acudió a su mente y calmó la rabia de que estaba poseído.

VI

Fernando Pérez y Repérez se disparó un tiro que le produjo la muerte.

Y, a la mañana siguiente, apareció pegado en las portadas de su establecimiento otro papel con orla negra. Decía así: «Cerrado TAMBIÉN por defunción».

J. SANTUGINI PARADA



Dib. ALFARO.—Madrid.

—¡Anda de ahí, so golfo, que no te vea mi padre...!

EL DESBRAVADOR



Sobre un brioso corcel...



SEBENDÉN
BEBIAS
ARCORICA

—Y que naide s'arrime al potro, que es un javato...



Marín

—¡De pura sangre!



Dib. MARÍN.—Madrid.

EL FESTÍN DE BALTASAR

(CUENTO DE REYES)

El señor Baltasar el *Baulero*, madrileño neto, seña un hombre cabal si no le dominara uno de los pecados capitales más aborrecibles. ¡La gula! ¡Lástima de hombre!

Tenía su pequeño taller de baules y maletas en la Costanilla de San Andrés y con tal habilidad y maestría ejercía su oficio, que jamás le faltaban cinco duros en el bolsillo, después de cubiertas las necesidades de su casa; así es que podía darse el gustazo de

comer brutalmente y de beber en relación a lo que comía. Su mayor placer consistía en combinar *menús*. Por lo demás, el señor Baltasar era muy simpático, buen mozo, atrayente, chirigotero, amigo de bromas, y más de cuatro comadres de la vecindad tenían puestos en él sus ojos pecadores.

Pero al *Baulero* no le preocupaba nada en el mundo (no en el baul, en el otro) como saber dónde se vendía el mejor jamón, las mejores piernas de

carnero, el mejor pescado, etc., etc. La gula podía en él más que la lujuria y así vivía tan ricamente.

En cambio su mujer, la seña Petra la *Baulera*, vivía en ascuas. Tenía montá en las narices a su vecina la seña Venancia, una viudita joven, guapetona, llamativa y muy ansiosa, que andaba tras el señor Baltasar, ¿pero cómo?, que daba vergüenza. Era ya metérsele por los ojos con una cachondez repugnante, y eso no lo podía soportar con diznidad la seña Petra, que juró, besándose los diez dedos cruzados, darle una lección de moral... (de Moral de Calatrava, que era su pueblo) y se la dió tan rotunda como verán mis amables lectores.

En esto, llegó el día de Reyes, y, por consiguiente, el santo del señor Baltasar. El onomástico *Baulero* convidó a cenar en su casa a tres de sus mejores amigos, y juntos los cuatro en el BAR QUICHUELO (debe de ser BAR CHICUELO, sino que está mal escrito) hicieron el *menú* que consistía, primero: Un suculento arroz con alcachofas, menudillos de gallina y almejas. Segundo: Una magnífica langosta, que, como las almejas, fué adquirida en el propio BAR QUICHUELO; y, por último, un *macanudo* cordero «asao», con ensalá de lechuga y remolacha. De entre meses, aceitunas negras aliñás y sobreasá de la que pica, y de postres queso manchego, frutas de invierno, dulces y gordas..., etc., etc. El café lo tomarían en el BAR.

Todo lo compró el propio anfitrión, encargando que se lo llevaran a su casa.

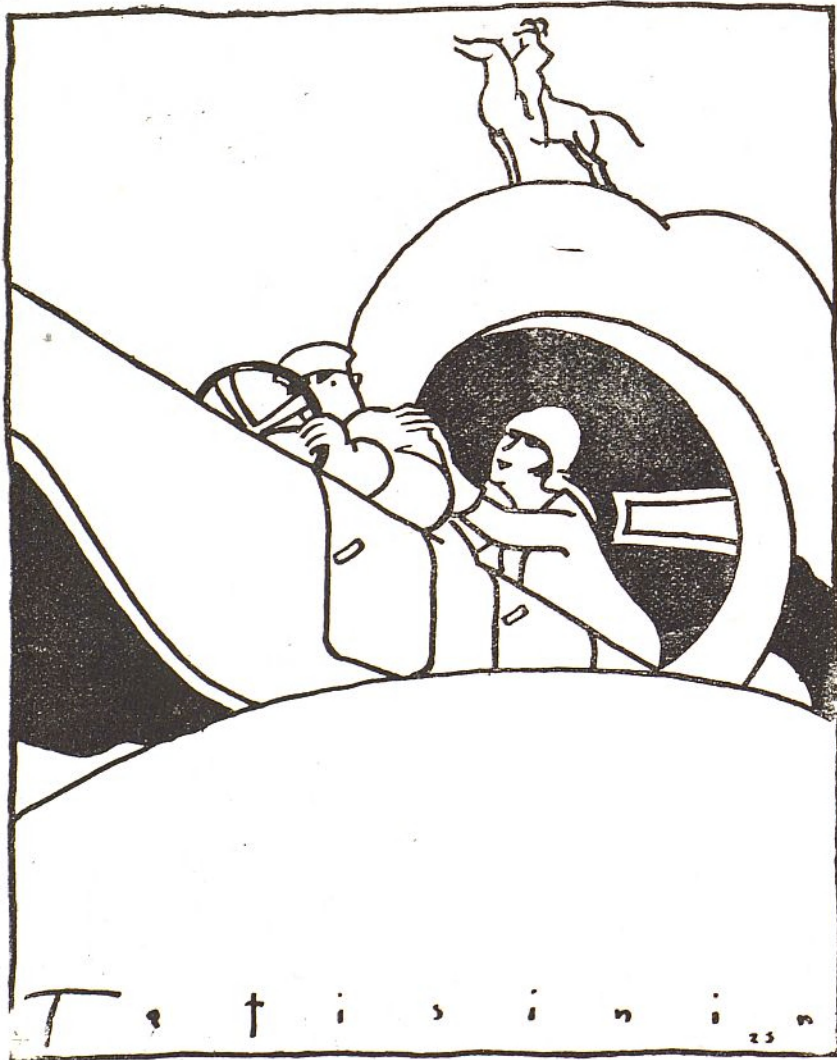
Estaba ya la *Baulera* preparando el festín y friendo la sangrecilla del cordero, cuando de repente se oyó por el patio cantar a la seña Venancia una copla improvisá por ella, que decía:

¡Conozgo yo un Baltasar
más resalao y más guapo,
que el que vino en un camello
con los otros Reyes Magos!

Bueno, oírla la seña Petra, subírsele la sangrecilla a la cabeza y ocurrírsele una idea genial, y no digo diabólica porque al diablo no se le ocurre lo que se le ocurrió a ella, fué todo uno. Guardó muy escondida la langosta y preparó el arroz y el cordero con todo primor.

A las ocho en punto llegaron los cuatro comensales ya un poco «cargaos» de *bermús* con anchoas y de otros aperitivos, y se sentaron a la mesa.

—¡Ahora veréis cómo guisa mi mujer!—dijo el señor Baltasar con orgu-



Dib. TIFISINÍN—Madrid.

—Sexto, haga el favor de dar la vuelta...
—Espere la señora que cambie.

llo—. ¡No la faltará ni el más pequeño detalle! ¡Vais a verlo!

Destaparon un barrilito de tres cuartos de arroba de un tinto de Noblejas que quitaba la cabeza, y dió principio la cuchipanda servida por la propia señá Petra.

No comieron, devoraron el arroz con tal glotonería, que no parecía sino que no habían comido desde el advenimiento del Directorio. Le dieron un tiento al barrilito, que lo dejaron tambaleándose, y se dispusieron a emprenderla con el segundo plato.

La señá Petra, muy tranquila y sonriente, les sirvió el hermoso lechal «asao» adornado con hojas de lechuga y rodajas de huevos duros.

—¿Y la langosta?—preguntó el señor Baltasar.

—¿Qué langosta?—dijo ella muy serena.

—¿Cuala ha de ser? La que he com-
prao pa esta noche.

—¿Tú?

—¡Yo, sí!

—¡Vamos, hombre, que te crees tú eso! ¡Lo has soñado!

—¡Bueno, menos guasitas y saca el crustáceo, que estamos impacientes!

—replicó el marido.

—¡Pero qué crustacio ni qué narices!... ¡Pues hijo!... ¡Pronto te hace efecto la bebida!... ¡No seas pelmazo y cena!

—¿Pelmazo? ¿Pelmazo, yo?...—gritó furioso el señor Baltasar dando un puñetazo en la mesa—. ¡O sacas la langosta o te caliento el cuerpo!

—¿A mí?

—¡A ti!—Y como una fiera se abalanzó sobre su mujer a la que hubiera zurrado de firme a no impedirlo los amigos.

—¡Animal! ¡Quita! ¡No seas bestia!

—gritaba la Petra.

—¡Vamos, hombre, déjala!—añadió un amigo.

—La cosa no es pa ponerse así—repuso otro.

—¡Hay comida de sobra!—opinó el tercero.

La señá Petra se fué llorando a la cocina; los amigos calmaron al señor Baltasar, y terminada la cena se fueron al Bar, no sin gritar el marido desde la puerta a su mujer:

—¡Adiós, tú! ¡Pero te juro que lo de la langosta me lo pagas a la vuelta! Ya lo verás.

Apenas cerraron la puerta, y sabiendo la señá Petra cómo las gastaba el Baulero, puso en práctica su idea, y asomándose a la ventana del patio, le gritó a su vecina:

—¡Señá Venancia!...

—¿Qué la ocurre, señá Petra?—dijo la viudita.

—¿Quié usté venir a cenar conmigo? ¡La convidó!

—¡Caramba! ¿Y a qué santo se debe el milagro?



Dib. BERGSTROM.—París.

—¿Pero qué hace ust d, señora, atándose una cuerda a las piernas?

—¡Pues que me han dicho que u tedes los fotógrafos, ven a las personas boca abajo!

—Al de mi marido. ¿No sabe usted que hoy es Reyes y se llama Baltasar?

—¡Es verdad! ¡Pues, hija, pa luego es tarde!—dijo cerrando la ventana.

Y la señá Venancia, muy repeinada y muy guapetona, pasó al cuarto de la señá Petra, y juntas se sentaron a la mesa y cenaron lo que quedó del festín, que fué abundante. Entre las dos acabaron con el de Noblejas y encendidas como amapolas, y en plan de tutearse, dijo la señá Petra:

—¡Oye, Venancia, me se ocurre una cosa!...

—Tú dirás.

—Que como hoy es el santo de mi marido y con esos amigos pillaré una borrachera brutal, pa mí que esta noche no viene a dormir a casa.

—¿Crees que no?

—Como si lo estuviera viendo!

—¿Y qué te se ha ocurrido?

—Pues que me da reparo quedarme sola, y si tú quisieras hacerme compañía, pues dormiríamos las dos en la cama de matrimonio y ya de día...

—¡Hija, si es por hacerte un favor!...

—Como a ti no te espera nadie...

—¡Ni una palabra más! ¡A qué está una!...

Y dicho y hecho. Media hora después, las dos vecinas estaban acostadas y la Venancia dormía como una marmota. La señá Petra no pegaba ojo.

A eso de la una de la madrugada se oyó un ruido irregular e insistente en la cerradura de la puerta. Era el señor Baltasar que no acertaba a encajar la llave. La Petra se levantó rápidamente y fué a esconderse en un cuartucho interior del pasillo, mientras entraba su marido en un estado lamentable y haciendo más eses que un aprendiz de bicicleta.



Dib. BRADLEY.—Madrid.

—¿Tanto me quieres que por estar con migo dejas plantado a tu novio?

—¿Qué quiere que haga? Le dejo plantado porque es un melón.

Llegó como pudo a la alcoba, y fingiendo una amabilidad que no sentía dijo con las de Caín al bulto que vó acurrucado en su cama:

—¡Hola, mujercita mía! ¡Qué ganas traigo de hacerte una caricia! ¡Ahora verás!...

La Venancia seguía hecha un leño.

Baltasar levantó suavemente las sábanas, dejándola al descubierto las carnosas posaderas, y cogiendo un vergajo que había en un rincón y blandiéndolo con furia, comenzó a gritar:

—¡La langosta! ¡Saca la langosta! ¡Ahora me las pagas!...—y arremetía los golpes sobre las carnes de la pobre Venancia, como si pegara sobre un colchón.

La infeliz vecina, ante aquel exabrupto, se despertó asustadísima y amoratada, con más cardenales que los de un cónclave de Roma, pero no se atrevió a gritar, por miedo al escándalo, y conteniendo el llanto cogió su ropa como pudo y no paró hasta su habitación en busca del ántrica, que le hacía mucha falta. En tanto el borracho seguía gritando:

—¡La langosta! ¡Saca la langosta!...

Terminada su hazaña, el señor Baltasar se tumbó en la cama, donde se pasó doce horas durmiendo, y a todo esto la señá Petra, desde su cuartucho, se reía muy satisfecha. ¡¡Se había vengado!!

.....
A la mañana siguiente, cuando la mujer calculó que se le habría pasado la tajada a su marido, entró en la alcoba llevando en un plato la dichosa langosta.

—¿Quién es?—dijo despreciándose Baltasar.

—El chico del BAR que trae esta langosta; dice que se le olvidó traerla ayer.

—¿Ves cómo la compré?—dijo el marido.

—¿Y ves cómo no la han traído hasta hoy?—replió ella.

—¡Tienes razón! Perdóname, esposa mía, y perdóname los latigazos que te arreé anoche...

—¿A mí? ¿Qué latigazos?

—¿No te acuerdas? Los que te aticé con el vergajo...

—¡Vamos, hombre, que te crees tú eso! ¿Lo has soñado?

—¿Otra vez?... ¿Pero es que me voy a pasar la vida soñando?...

—Mira, ¿a que no me ves ni un cardenal?

—Toma, y es verdad. ¡Pues, chica, yo lo hubiera jurao!

—¿Ves lo que hace el vino, Baltasar? ¿Ves lo que hace la maldita bebida!...

Total; que se abrazaron los esposos, hicieron las paces, comieron juntos la langosta y terminó alegremente EL FESTÍN DE BALTASAR.

FIACRO YRÁYZOZ

COSAS DE MI VIDA

RASKENÍN, AMIGO DE LA INFANCIA

Nada se opone a que afirme que aquella noche de noviembre yo estaba muy aburrido. Y que, además, sentía cierto orgullo de estarlo. Un célebre pensador belga dejó dicho que el aburrimiento es sólo propio de espíritus superiores, y el simple hecho de pensar que acaso yo fuera un espíritu superior me llenaba el alma de satisfacción dulcísima, y de extrañeza.

Sí. Estaba muy aburrido... Declaro anticipadamente que en esta lata de conservas que hemos dado en llamar



Primera fotografía de la novia de Raskenín.

vida—por no llamarla algo peor—, hay pocas cosas que me interesen. Si el lector me apura un poco diré que sólo existe una cosa que me interese. Y si el lector me apura hasta la boquilla, lugar acartonado hasta donde suelen apurarse los cigarrillos buenos, confesaré que esa única cosa que merece mi interés es el amor.

¡Oh, el amor! Yo escribiría una hermosa página sobre el amor, pero esto me llevaría muy lejos, quizá al manicomio de Ciempozuelos, y, la verdad, ahora no estoy para viajes.

Repito, a riesgo de parecer pelmazo, que aquella noche de noviembre yo estaba muy aburrido. La niebla cubría la ciudad y lo envolvía todo en una capa de misterio. Mi aburrimiento me hizo

recorrer varias calles y en una de ellas me encontré a Raulfo Raskenín. Raulfo Raskenín, a pesar del origen ruso de su apellido, es español y es un ser vulgar, cosas ambas perfectamente compatibles.

Os juro que yo no me acordaba en absoluto de Raskenín. En nuestra infancia habíamos sido compañeros de colegio y, aunque es cierto que algunas veces busqué su colaboración para meter moscas en los tinteros, también es verdad que no había vuelto a verle desde entonces. De manera que Raskenín me importaba menos que un concierto de oboe.

Raskenín me reconoció al punto.

—¡Tú!—gritó al verme.

—Yo—repuse.

—¡Tú!!—volvió a gritar con alegría—. ¡Tú!! ¡Tú!! ¡Pero tú!!

Instintivamente busqué la llave inglesa, porque sé cómo las gastan algunos carteristas y acostumbro a defender mi cartera con furia de ministro. Pero desistí de acariar con aquel instrumento el organismo de Raskenín cuando le oí exclamar:

—¿No me conoces? Soy Raskenín.

Puse la misma cara de imbécil que veinte millones de españoles pondrían en las mismas circunstancias, y repuse:

—¡Ah, sí! Raskenín... ¡Caramba, Raskenín!

Y no acertando qué agregar, añadí:

—Cualquiera te conoce así... Así...

—¿Cómo?—dijo él.

—Pues así... Así... sin bigote.

Raskenín retrocedió un paso.

—No nos vemos desde que salimos del colegio y entonces tampoco llevaba bigote.

—¿Que no? ¿Es posible?

—Contábamos ocho años, y a los ocho años tienen bigote pocos individuos.

El razonamiento me tambaleó; pero Raskenín siguió hablando sin ocuparse de mi actitud vacilante.

—Me alegro mucho de volver a verte. ¡Qué hermosa noche para hacer confidencias! ¿Me dejas que te haga confidencias?

—Hazme polvo, si quieres—respondí, ya molesto, porque olfateaba todas las tonterías que mi amigo iba a pronunciar.

—Pues bien, entrañable amigo, amigo de la infancia... tengo una novia.

—¿Dónde la has comprado?—dije distraído.

—¿Eh?

—Perdona. Creí que lo que tenías era un gramófono.

—¡Y qué novia tengo! Mira... Casualmente llevo encima dos fotografías de ella. ¿Te gusta?—y me enseñó las dos fotografías que ilustran estas líneas—. ¿Verdad que es muy linda? En una de las fotos aparece fumando, con un aire frívolo.

—Sí—corroboré—. Y en la otra se nota a la perfección que tenía dolor de cabeza.

—No. Es que la foto está hecha en



Segunda fotografía de la novia de Raskenín.

un día de viento. ¿Te gusta mi novia, de veras?

—Sí. Lleva unas medias muy bonitas—dije yo por decir algo.

—Pues si te gusta, quédate las fotografías.

—¡Pero, hombre!

—Nada, nada; no quiero privarte de admirarla.

Tuve que guardarme las fotografías, pero Raskenín paralizó mi movimiento.

—Ahí, en el gabán, no. Guárdalas en el bolsillo de la izquierda del chaleco, junto al corazón; es el sitio que debe reservarse para los retratos de las mujeres que nos gustan...

—¡Ah!

—¡Pillín!—agregó mi amigo, dándome

me un golpecito en el vientre—. Apuesto a que ya estás enamorado de mi novia...

—¿Yo? Te aseguro que...

—¡Bah! Vosotros, los escritores, sois tan románticos... Realmente es una muchacha preciosa... ¡Si la vieras en la intimidad! Cuando se queda en «combinación» está verdaderamente sugestiva. Se llama Ramona, pero tú y yo podemos llamarla «Monchina».

Confieso que mi estupor había adquirido ya las dimensiones de Wolworth Building de Nueva York. No sabía qué pensar del caso y creí enloquecer cuando Raskenín murmuró deteniéndome:

—Justamente, ahora estamos frente a su casa. Mira, en ese piso bajo vive «Monchina». Es la hora en que se acuesta. Anda, sube por el balcón y la conocerás.

—¡Pero Raskenín!!

—¡Sube, hombre! ¡Sube! ¡Parece mentira que seas escritor!

No lo dudé más, me encaramé por el balcón y subí. Soy un hombre sincero y juro que mis intenciones no eran pecaminosas. Sólo la curiosidad me empujó en aquella ascensión inolvidable. La curiosidad, sí. No pude resistir al deseo de ver con mis propios ojos a la mujer que era capaz de amar a un idiota de la magnitud de Raskenín.

Llegué al balcón, salté la barandilla, entré en la estancia y en el mismo instante una voz de hombre sonó a mi lado:

—¡Toma! ¡Para que aprendas!

Y alguien me dió un garrotazo en la cabeza, que se lo dan a Cervantes y nadie se podría ufanar de conocer al *Quijote*.

Días después recibí esta carta de Raskenín:

«Querido amigo: «Monchina» y yo te agradecemos mucho el que ayer te prestases a recibir en la nuca el golpe que el padre de mi novia me tenía destinado. Gracias a tu bondad, él se ha quedado satisfecho y yo no he tenido que soportar esa pequeña agresión que tal vez me hubiera inutilizado para aplicar la Contabilidad por Partida Doble en el almacén de novedades en que presto mis servicios.

Un abrazo de *Raskenín*.»

Hace una semana que ando buscando a Raskenín. Es probable que pronto publique la Prensa mi nombre y el de mi amigo en la sección de sucesos.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Dibujos de ALCOGER.)

¡A BUENA HORA, MANGAS VERDES!

En cierto articulo
(que yo mucho me alegro
de conocer) escrito
por el buen Ramón López Montenegro,
se alude a una campaña
a la que estan dispuestas,
dentro y fuera de España,
no pocas religiosas entidades,
en contra de las modas deshonestas
de mujeres de todas las edades.

Si no es cosa de broma
lo que me ha referido una vecina
que ha sido *peregrina*
y, por serlo, hace poco estuvo en Roma,
el Papa las condena
(excepto en lo tocante a la melena),
y hay muchas Sociedades
atacando sin duelo
las inmoralidades
que impiden a las gentes ir al cielo.

Comienzan por mandar que los vestidos
casi rocen el suelo;
que las mangas, de géneros tupidos,
oculten todo el brazo,
y que el *contra-espinazo*,
de carne, más o menos congelada,
no nos muestre, excitando los sentidos,
una extensa planicie perfumada.

Bien están, ¡oh, lectoras distinguidas!
escrúpulos, reparos y medidas,
pues visten las mujeres de tal modo
que ya lo enseñan todo..., o casi todo.

Pero yo hago este sólo comentario:
«¡Rediez! ¡A buena hora, vive Cristo,
recurren al rigor extraordinario
los moralizadores, por lo visto!»

¿Van a tapar las damas esas cosas
tan bellas y sabrosas
cuando ya de corrido nos sabemos,
por haberlo mirado a nuestro gusto,
cómo es de Concha el busto,
y los pocos centímetros que tiene
de pierna sinforosa,

y cómo es por arriba doña Irene,
y cómo es por abajo doña Rosa?

¿No es determinación ya inoportuna
procurar que se tape Inés Castaños
después de estar tres años
diciéndonos: «Mirad qué pantorrillas»
o «ved lo que me cubre las costillas?...»

Bien ordenado está lo que hoy se ordena
haciendo de virtud tan alto alarde.

Pero ya ¿para qué?... ¡Se llega tarde!...

No merece la pena...

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

ALREDEDOR DE. MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

En Yugoslavia, cuando una muchacha soltera está manca y un joven romántico se enamora de ella, el galante amador no comete la tontería de pedir su mano.

La que suele pedirla a veces y a voces es ella, sin que, como es lógico, consiga nada por mucho que grite.

La mancha más grande que puede caer en el honor de una familia distinguida y rubia es que una de sus hembras haga una estupidez escandalosa con un negro procedente de un jazz-band.

Es una mancha de un metro setenta, por corriente que sea la estatura del seductor. Y por poco que destiña el negro, se ve a mil leguas...

En la República del Ecuador no se fía nadie de los mudos.

Parece ser que allí no hay ni uno a

quien se le pueda exigir una palabra de caballero.

Ni de señora.

En los bares adonde concurre poco público y se pierde dinero, no es el echador el que echa café.

El que echa café es el dueño...

Hay un mozo de cuerda en la estación del *quai d'Orsay*, de París, que tiene preocupados a todos los médicos de Francia.

Al principiar el verano se le llena al pobre hombre la cabeza de forúnculos y no hay manera de aliviarle hasta que llega octubre.

Y un mozo de cuerda que tiene tantos bultos en la estación más molesta, realmente resulta digno de compasión y de estudio.

Se ha averiguado que todos los collares que venden esos chinitos que andan por ahí cuando les dejan, proceden de las joyas de la familia imperial china.

Aprovéchense, pues, lectores y lectoras, de la ocasión que se les presenta de poseer esos tesoros chinos por doce co-chinos reales.

Empleando la palabra chinesca que usan en Pekín, diré que es una verdadera *gang-ga*.

Para comer la legítima carne congelada no hay más solución que irse corriendo al Polo Norte y empezar a mordiscos con un oso blanco.

Esto, claro está, si [deja el oso que le hagan eso.

Que lo dudamos, pero con probar nada se pierde... Con probar un poco de oso, queremos decir.

NÉSTOR O. LOPE



DESPUÉS DEL SORTEO

Dib. SAMA.—Madrid.

—¡Lo que puede el dinero! ¡Con lo feo que era yo el lunes y desde que me ha tocado el gordo todo el mundo me llama agraciado!

LOS GRANDES ÉXITOS

GARABATOS POR K-HITO



—Pero ¡qué bestial! Se ha comido toda la cazuela de calamares, y ahora está llenando la estilográfica en la salsa.



RICARDO García, *K-Hito*, el maravilloso caricaturista a quien los lectores de *BUEN HUMOR* conocen y admiran en todo lo muchísimo que vale, acaba de publicar con un gran éxito, un gran álbum de caricaturas, titulado *Garabatos*.

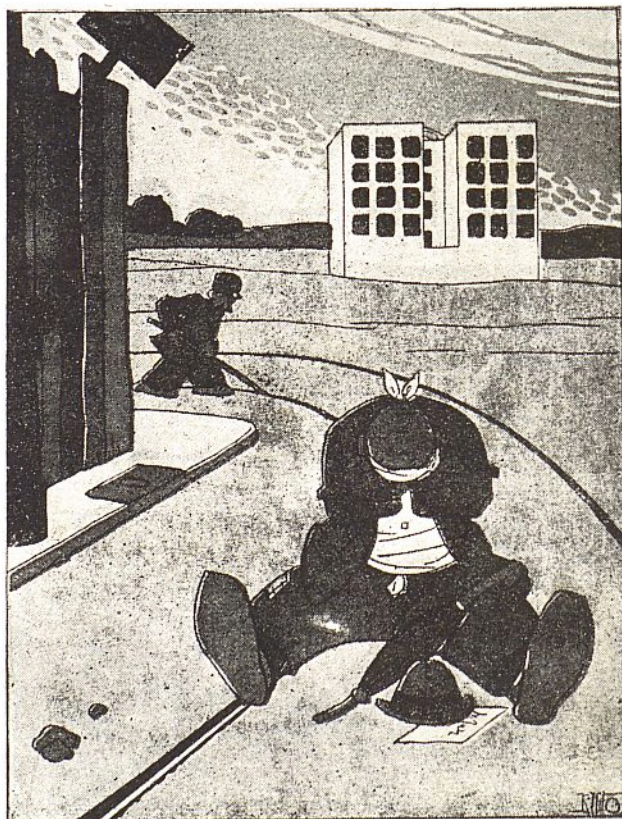
No vamos a descubrir a *K-Hito* entre otras razones porque *K-Hito* es muy fino y se descubre él solo. Pero sí vamos a decir en dos palabras, que quisiéramos que fueran dos mil, una porción de cosas que *K-Hito* se merece por su ingenio excepcional, por su maestría técnica y por su modestia, sólo comparable a su valer.

Estamos ya un poco hartos de aguantar señores que juran por sus fallecidos antepasados que son geniales, y

tienen menos valor que un pusilánime. Hora es ya de que una vez, al menos, se diga con justicia que un señor es genial. Y eso es lo que decimos nosotros ahora de *K-Hito*.

Su álbum de caricaturas *Garabatos*, es una nueva prueba de ello. Difícilmente se podría encontrar nada tan gracioso, tan sutil y tan importante. Porque si en el mundo hay algo importante y serio, ese algo es el arte de hacer reír.

Reproducimos dos grandes planas del álbum de *K-Hito*, a quien enviamos nuestra enhorabuena más entusiasta por el éxito, y recordamos a los lectores que comprenden inmediatamente los *Garabatos*, de *K-Hito*, si quieren ser felices y si desean que se les tenga por personas cultas y de buen gusto.



EL SUICIDA.—¡Ya lo oígo! ¡Ya está ahí! ¡Ya... ya... ya!

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS.

LA CUESTA DE ENERO

En esta semana pasada no se ha estrenado cosa alguna en los teatros. La semana que viene pasará tal vez de la misma manera. Ha comenzado la tradicional cuesta de Enero. La terrible cuesta de Enero. «Cuesta» ¡Oh elocuencia del retruécano! Y ¡tanto que cuesta! Varios miles de pesetas. Por eso se llama cuesta, no porque sea empinada y trabajosa de subir, pues hoy día el subir cuestras lo hemos convertido en un placer y un placer de Enero, de invierno. Las cuestras de Enero en Guadarrama están concurridísimas mientras que los teatros están desiertos.

Eso es lo temible: el desierto, no la cuesta. Si la cuesta es de Perdices, en vez de hacerse temible se hace tentadora. Pero, no; la Cuesta de las Perdices, la verdadera montaña de Perdices y demás colegas — Faisanes, Pavos, Pollos — fué la de Pascuas. Entonces todos subían tan contentos: los empresarios subían los precios y las gentes subían sin sentir la cuesta costosa. Unos y otros estaban en la época de tragar, de llenarse la panza y nada entonces se les hacía cuesta arriba.

Esto que llaman cuesta de Enero y que de ser «cuesta» sería cuesta abajo, pues todos van por ella rodando, de cabeza, quieran que no; esto que llaman Cuesta de Enero no es otra cosa que el Purgatorio inevitable que sigue siempre a todo atracón.

Por algo Purgatorio viene de purgante; o purgante viene de purgatorio; como quieran. Lo cierto es que en este mundo, o se purgan todos los excesos o reventamos; no nos queda otro re-

medio. El que se atraca en Pascuas tiene luego que purgar el atracón. Después del Carnaval viene la Cuaresma

breprecio y le dejan sin blanca para lo menos dos meses. Pan para hoy, hambre para mañana.

De ahí viene a nuestro entender la cuesta de Enero. No es de creer que la gente se decida a reformar sus costumbres no yendo al teatro; es que no tiene con qué ir.

Y los grandes autores no tienen tampoco con qué forzar la marcha. Están en el Purgatorio. Tienen la lengua sucia de la atraquina que se dieron por Pascuas.

No podía ser por menos. Todos quieren aprovechar la época de fiestas y ¿qué pasa? Pasa que se tienen que repartir la gente entre todos y tocan a poco.

Los empresarios trinan en esta época. Es lo que ellos dicen. «Si los grandes autores estrenan cuando viene la gente de todas maneras ¿qué nos dejan para cuando no viene la gente como no las atraiga una obra de fuerza, un autor de fuerza? En esas épocas de momio debíamos estrenar las obras medianitas. Antes hacíamos eso; todas las obras más disparatadas las estrenábamos en Pascuas porque era igual; pero luego, como los autores gordos se enteraron de que podían hacer el caldo gordo estrenando en esa época aunque estrenaran obras tan gordas como ellos y como el caldo, todos quisieron estrenar al mismo tiempo y en el mismo tiempo.

Pero eso a nosotros los empresarios no nos tiene cuenta; porque si los autores que se precian de traer la gente al teatro no la traen en las épocas difíciles ¿dónde está el mérito? «Para cuestras arriba quiero mis burros».

MANUEL ABRIL



Uno de los momentos más importantes de cualquier obra: el momento que los actores y el empresario se dedican a cortar los pasajes sobranes de la obra en ensayos. (De abajo a arriba y de derecha a izquierda: Martínez Sierra, Ugarte, Manuel Collado, Catalina Bárcena, Josefina Morer, Rosita Díaz Gimeno, Adela Santanilla, Rafaela Satores, Crespo, Pérez de León, Manrique, Mercedes Leal, Baena.

NOTA.—El que escribe en el ejemplar, a cuatro manos, no es, en este caso el autor de la obra.

y después de la Nochebuena con turrón la Noche mala con retortijón.

Los teatros también atracan en Pascuas; atracan al cliente poniéndole so-

les ¿dónde está el mérito? «Para cuestras arriba quiero mis burros».

EL TALENTO DE LA CIERVA



NOVELA CIENTÍFICA PARA NIÑOS Y ANCIANOS

CAPÍTULO IX

La Lidia y el enano

Realmente La Cierva tenía razón para alegrarse de que su inclita y cariñosa madre le hubiera dado a luz.

¡Ahí era nada su fenomenal e indisputable descubrimiento!

¡Una isla de pigmeos!

¡Un país de simpáticos enanillos!

¡Las veces que había soñado el gran Mamerto con descubrir una tierra así!

Y en un decir ¡Jesús! (de estornudo rápido, que es el que se dice más pronto), el venturoso explorador desembarcó en un diminuto puerto, cuyos barcos parecían barquillos y cuyas velas parecían cerillas de cocina, ¡y todavía exagero!, ante los atónitos ojos, o por mejor decir ojitos, de un millar de enanos, pigmeos, liliputienses o como se les ocurra a ustedes que les llamemos.

Bien pronto percatóse Mamerto de que su presencia era considerada como un acontecimiento con ribetes de catástrofe. El pánico se apoderó del pueblo enano, quizás porque al ver a aquel tipo tan grande le tomó todo el mundo por un animal.

¡No es La Cierva el único sabio a quien ha llamado animal la gente desconsiderada!

Pero, en fin, el caso es que Mamerto logró convencer a los aterrados pigmeillos de que no pensaba hacerles ningún daño y de que era estúpido el que se pigmeasen de miedo, y entonces los liliputienses se tranquilizaron. En virtud de esto, las cañas tornáronse lanzas y los enanos susodichos hicieron a La Cierva un recibimiento que no vacilamos en calificar de decentísimamente amueblado.

Una banda de música, que, dado su tamaño, hablaremos más propiamente si decimos que era una bandeja, ejecutó *La Marsellesa* en sol menor, porque aquellos enanos no tocaban nada si no era un *menor*, y hacían perfectísimamente; y al paso de Mamerto por las calles le arrojaron confites, flores diminutas y, en vez de palomas, palominos. Estos, por una rara costumbre o moda del país, tenían las plumitas bañadas con esencias y también tenían untado el pico como cualquier conce-

jal del antiguo régimen. La Cierva tuvo que reconocer que eran los únicos palominos que le habían olido bien en su vida.

El agrado que le produjo el entusiasmo de los liliputienses, no le impidió hacer valiosísimas observaciones científicas. Observó que todos los enanos hablaban en voz baja, que las casas eran todas de piso bajo, y que la gobernación del Estado no se hallaba a cargo de un rey, ni de un emperador, ni de un sultán, sino a cargo de un *bajá*... Preguntó cuál era el nombre de la calle por donde estaba pasando y un guardia de la porrita le contestó que era la Cava Baja... Quiso saber cómo se llamaba el barrio a que la calle pertenecía, y se enteró de que en la población eran todos barrios bajos... Y, finalmente, al pisar un inmundito insecto que falleció dando un chasquido repugnante, quiso enterarse de cómo se titulaba el pobre bicho interfecto y tuvo la sorpresa de saber que era una corredera baja...

Más observaciones:

Cuando dos enanos reñían seriamente, el insulto mayor que se podían dirigir era éste, empleado casi siempre por el que tenía menos estatura de los dos:

—¡Eres un lechoncillo, y me quedo cortito!...

Los novios no hacían la rosca a sus adoradas... Únicamente podían hacerlas la rosquilla...

En fin, para dar una idea de la exagerada pequeñez de aquellos pigmeos, baste decir que a las estatuas desnudas que tenían en sus museos, para cubrir *las apariencias* no les ponían la hoja de parra consabida, sino solamente un *confetti*, y todavía sobraba la mitad.

Tan divertido país tenía forzosamente que provocar en Mamerto los deseos, largo tiempo dormidos, de disfrutar de la existencia y, ¡claro!, el amor hizo su poética aparición en el hasta entonces desierto corazón del sabio.

Este procuró trabar conocimiento con todas las *cocottes*, cupletistas y bailarinas desvergonzadas, de fácil acceso, que había en *San Chiquilkuatresburgo*, que este era el nombre

de aquel encantador feudo de Liliput, y pronto tuvo La Cierva el gusto de conocer íntimamente a las peripatéticas más famosas, con lo cual quedó demostrado que en los países de buena estatura el que no anda con chiquitas es el que se divierte, pero en los pueblos enanos sucede todo lo contrario: ¡para gozar de la existencia, hay que andar con chiquitas precisamente!

Una de estas chiquitas, la que primero conmovió las fibras sensibles de Mamerto, era tiple de género chico, único género conocido en los teatros de allí.

Se llamaba Lilí y era la pobre bastante sinvergüenza, aparte de sus méritos personales que no estoy en el caso de discutir. Sus compañeras la tenían una envidia atroz porque ellas eran sólo liliputienses y Lilí era Lilí-liliputiense que resultaba más largo y más bonito, además de ser más retrechera, más guapa, más revoltosilla y más complaciente que la mayoría de sus paisanas.

Lilí hizo feliz a La Cierva un montón de veces así de grande; pero Mamerto, iniciado en los misterios del *amor enano*, dióse a pensar que en la variación está el deleite y pronto olvidó a Lilí por otra pequeñez de aquellas.

La Cierva fué, una vez más, desgraciado en su científica aventura.

La nueva pigmea que esclavizó su corazón llamábase Lidia, y era precisamente la amiga preferida del jefe del Estado, del *bajá*. Mamerto, loco de amor, juró a la Lidia que si ella caía en sus brazos, él se comprometía en pocas horas a bajarle los humos al *bajá*, a quitarle el trono de un leve puntapie y a despojarle de su corona para ponerle otra más oprobiosa y risible... Y la Lidia cayó, despreciando al soberano de los liliputienses y diciendo que, además de ser un soberano inaguantable, era un soberano cerdo.

Pero, ¡ah!, *el enano* se enteró de la traición de *la Lidia*... Y supo igualmente que La Cierva había vertido los comprometedores conceptos referentes a la ignominiosa coronación a que hemos tenido la delicada ironía de aludir. Esto fué considerado por el monarca como un delito de conspiración, y sigilosamente preparó la venganza con-

tra el huésped sinvergonzón que tan mal pagaba su generosa conducta.

Para poder dominar a Mamerto, que de una sola puntera podía hacer polvo el pueblo entero, dispuso todas las tropas y colocó cien cañones ante la casa donde La Cierva le estaba poniendo en ridículo.

Mamerto vióse perdido y para defenderse agarró su navaja de afeitar.

Comenzó la más estupenda y original batalla que ha presenciado la Historia.

Con la navaja de afeitar quitó La Cierva los cien cañones a sus enemigos.

Estos, entonces, viéronse muy apurados... Y apurados y descañonados comenzaron a desconcertarse como un coro de ópera mal ensayado.

Mamerto, aprovechando el desconcierto del enemigo, empezó a repartir leña a domicilio de un modo tan decisivo que los mil pigmeos que formaban el ejército se achicaron (aunque achicarse un enano parece imposible) y tuvieron la desvergüenza de batirse en retirada.

La Cierva no quiso gastar más tiempo, y velozmente se dirigió al puerto por donde días antes penetró triunfador; allí se hallaba el acorazado más formidable de la escuadra liliputiense y a él se encaminó Mamerto, dispuesto a utilizarle para huir, ya que tenía el tamaño y las condiciones marineras de una lancha corriente.

Y a los pocos momentos el *Medio Chico Imperial* (que este era el nombre del espantoso acorazado embargado por La Cierva) navegaba rauda y arrogante con rumbo incierto.

¡Ah, nos olvidábamos de una cosa! Mamerto se había llevado *la Lidia* en el bolsillo para entretenerse durante el viaje...

CAPÍTULO X

¡¡El nuevo mundo!!

Volvemos a recurrir de nuevo al libro de memorias de Mamerto La Cierva, y las pocas líneas que seguidamente copiamos bastarán para dar idea del científico viaje de nuestro sabio.

¡Atención, que la cosa es breve pero tiene miga!... Le pasa lo mismo que a los panecillos de a perro gordo, que también tienen miga y también son, ¡ay!, enormemente brevísimos...

«He navegado un año entero sin encontrar tierra firme. No me ha distraído poco ni mucho *el año pasado por agua*...

Una tormenta espantosa ha dejado averiada y maltrecha mi embarcación. ¡Me ha fastidiado *la tempestad*!...

No he hallado ni un barco ni alma viviente en mi camino. Sólo he podido ver el firmamento y la vasta superficie



Dib. Gori.—Madrid.

—Me estaba fijando, Pepita, en que tiene usted las orejas demasiado grandes para ser mujer...

—¡Caramba, qué casualidad! Precisamente antes me fijaba yo en las de usted y me parecían demasiado pequeñas para ser de elefante.

de las aguas. ¡Me he aburrido soberanamente de ver *mar y cielo*!...

La simpática Lidia, que desde que se ausentó de su patria ha crecido (ya se dice por ahí hace tiempo eso de *con la ausencia crece más*), me ha sorprendido dando a luz dos gemelos. ¡Me ha hecho muy poca gracia la *gente menuda*!...

Después de este acontecimiento maternal, Lidia ha empezado a suspirar por su pueblo enano, pretendiendo que la lleve de nuevo a su tierra. ¡La he dicho que me molesta la *tierra baja*!...

¡Vamos, en una palabra, que me mo-

lesta todo el repertorio teatral antiguo y moderno!...

Al cabo del año hemos caído prisioneros de unos turcos piratas. Nos han llevado a una plaza pública, y de allí me han conducido a un harén, quedándose la Lidia en medio de la plaza. El turco, dueño del harén, se ha entusiasmado con la Lidia y me ha toreado inefablemente...

A los pocos días me ha propuesto cambiar la Lidia...

Yo no le he entendido bien, pero él ha insistido diciéndome que el cambio podía ser con una de sus cuatro favo-

ritas, llamadas Zulima, Gesa, Gona y Tulipa.

Para que las conozca las ha ido llamando una por una.

¡Ven a mi lado, Zulima!...

¡Ven aquí, Gesa!...

¡Ven acá, Gona!...

Ninguna de estas tres me ha gustado, y por último, ha llamado a Tulipa.

¡Esta sí es guapa, guapísima! ¡Y he aceptado el cambio de Lidia!...

¡En Madrid, la Tulipa llamaría la atención en la Bombilla!...

Poco tiempo después, Tulipa y yo hemos sido expulsados de Turquía en virtud de una ley de expulsión de extranjeros... Hemos cruzado a pie y sin dinero por Bulgaria, y nos han ocurrido únicamente bulgaridades sin importancia... No nos ha gustado Sofia, cuando la hemos visto tan sucia...

Presiento cercano el día del descu-

brimiento del nuevo mundo que tanto he anhelado.

Hemos entrado en territorio servio. Una patrulla nos ha detenido en la frontera. Un sujeto andaluz, no sé si de Huelva o de no Huelva, ejercía funciones de intérprete. Hemos cambiado las frases que transcribo.

—Soy español —le he dicho—. ¿Quién me detiene?

—El estao mayó servio —me ha respondido el andaluz.

—¿Quién manda este destacamento? —he preguntado de nuevo.

—Un servio.

—¿Quién se tiene que entender conmigo?

—¡Un servió!...

Al fin nos hemos entendido, he enseñado mis papeles y he continuado mi viaje...

¿Estará próximo mi tropiezo provi-

dencial con el nuevo mundo de mis sueños?

¡Amor mío, compañera resignada en lo más amargo de mi cruel excursión exploradora..., Tulipa.. ilumíname!...

Hasta aquí lo escrito por La Cierva. ¿Cuál fué el epílogo de tan colosal viaje?

Mis lectores no pueden ignorarlo, no está bien que sigan ignorándolo, no me dá a mí la gana de que lo ignoren.

Y el siguiente suelto (publicado en el importante diario radical *El Debate*) sirve para que ustedes sepan cual fué el remate de la original aventura ciervística:

«Ayer fué conducido al manicomio de Ciempozuelos un desgraciado sujeto que penetró violentamente en una baulería de la calle de Leganitos y colocó una bandera española sobre un mundo bastante deteriorado, que estaba allí para su reparación y composición, y comenzó a gritar con desaforado acento: ¡¡Este es el nuevo mundo!! ¡¡Yo soy La Cierva!!...»

Y como el mundo no era nuevo sino viejo, y como en España no hay más Cierva que Don Juan con derecho a decirlo a gritos, el sujeto se convirtió en mucho más sujeto todavía porque varias autoridades procedieron a amarrarlo desconsideradamente y, como Cólón, hizo su entrada en la comi cargado de cadenas...

Sentimos el fracaso del distinguido mochaes.

¡Otra vez será!...

CONCLUSIÓN

Apoteosis de La Cierva

Ustedes habrán supuesto, infamemente, que el periódico tenía razón para guasearse de Mamerto.

Pues, no, señores.

La Cierva ingresó en el manicomio de Ciempozuelos y allí, al relatar sus aventuras, fué aclamado por todos los orates, entre los cuales había dos geógrafos que eran hermanos, y, por lo tanto, orates frates.

Y, en vista de esto, nosotros no podemos terminar nuestra narración, registrando el fracaso del formidable sabio. Porque, si es verdad que en el manicomio fué aplaudido y aclamado, hay que reconocer una cosa que es la que quedará latente y viva en esta cuestión:

¡¡Que La Cierva acabó su fantástico viaje con un éxito loco!!...

Por consiguiente, reciba nuestra enhorabuena y siga por ese camino hasta que le salgan callos.

Nosotros no hemos de quitarle ni la idea de la cabeza ni los callos de los pies, o viceversa...

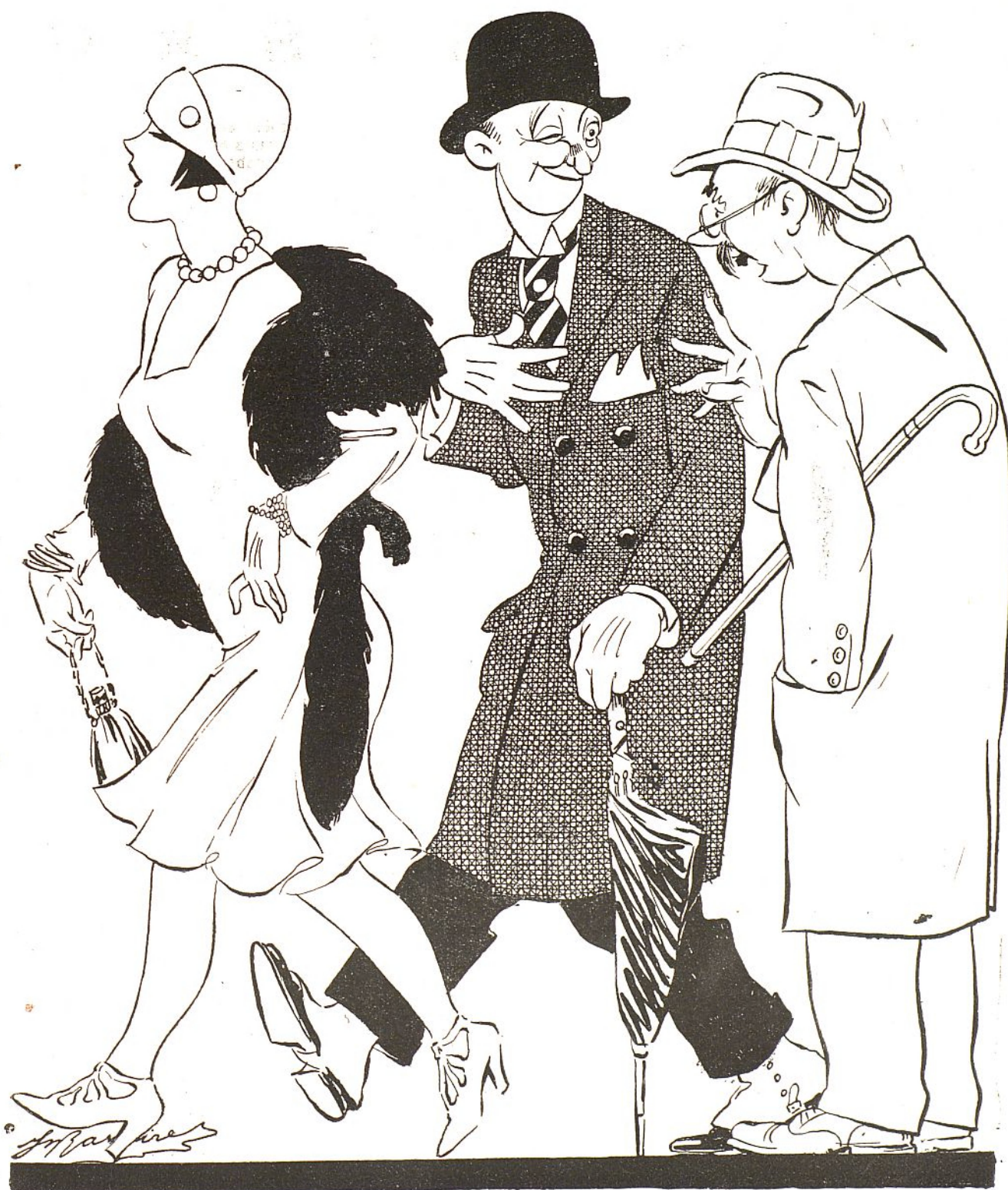
ERNESTO POLO.



Dib.
LOPEZ REY
Madrid.

—Oye, que se me ha olvidado qué es sintaxis.

—Pues, un auto que no es de alquiler.



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¿Dónde va usted, Don Severo?

—¡Detrás de esta señorita tan descocada! ¡Me dedico a perseguir la piernografía!

R A M O N I S M O

Los paraguas, los pavos y la Biblia.

En algún pasaje de la Biblia debía estar este primer acontecimiento milagroso que convirtió a los paraguas en pavos.

Primitivamente, en los tiempos arcaicos del mundo, viejos pastores se dedicaban al pastoreo de los paraguas, difícil pastoreo porque los primeros paraguas eran indóciles, saltarines, corretones y a veces daban largos vuelos con las alas abiertas como cuando ahora a los paraguas pacíficos y domésticos de nuestros días se los lleva el viento.

Los viejos pastores bíblicos de los paraguas llevaban siempre su mastín de fiera carlanca que les traía entre los dientes de la boca el paraguas que se había desmandado.

Aquellos paraguas primeros no tenían, claro está, cierre automático y

tampoco se conocía en aquellos tiempos la goma para su cuello que tanto los ha civilizado.

Así como Moisés sacó agua de una peña, también pudo convertir a aquellos rebaños de paraguas en rebaños o manadas de pavos. El caso es que fuese Moisés o algún otro milagrero de esa alcurnia, ese fué el origen del pavo.

Después el pavo se trasladó al Perú de un vuelo y allí estuvo guardado hasta que se les ocurrió a los conquistadores traerlo a España para solemnizar su Nochebuena. El día de año nuevo y el día de Reyes.

La esposa del primer conquistador que comía pavo se levantó indignada de la mesa porque ella no comía ese bicho tan triste.

Los reyes en aquella época citaban con especial volante cuando desembarcaban en su palacio algunos pavos y exigían una gala mayor que en las

demás solemnidades. En la mesa se discutía acaloradamente —estaba que quemaba el pavo— si era preferible el pavo, al pato, al ánade, o al conejo.

Después se cultivó el pavo en España. Fué una feliz ocurrencia que trajo consigo la prosperidad de los paveros, pues se puso de moda el pavo y no había hidalgo que no lo sirviera en su mesa. ¡Felices tiempos aquellos en que un pavo costaba un real!

El pavo ha ido degenerando y encareciéndose desde aquellos tiempos. Su facha de mendigo crece de día en día. Le ha crecido el moco. Estornuda cada vez más y va echando tipo de viejo barbón. Muchos de ellos van zurcidos, remendados, corcuidos y todos parecen transidos.

Además no es tan soportable la muerte del pavo como la de una gallina o un pollo. Es más grave que la misma muerte de un gallo.

Cuando desde el fondo del despacho nos imaginamos lo que es el suplicio de un pavo, aparece en nuestra vista un tajo y junto a él, como sentenciado escapado a la lúgubre historia de Inglaterra, el pobre pavo, consternado, con el colodrillo muy rojo, llorando largamente su moco, con el ojo sabio e implorador.

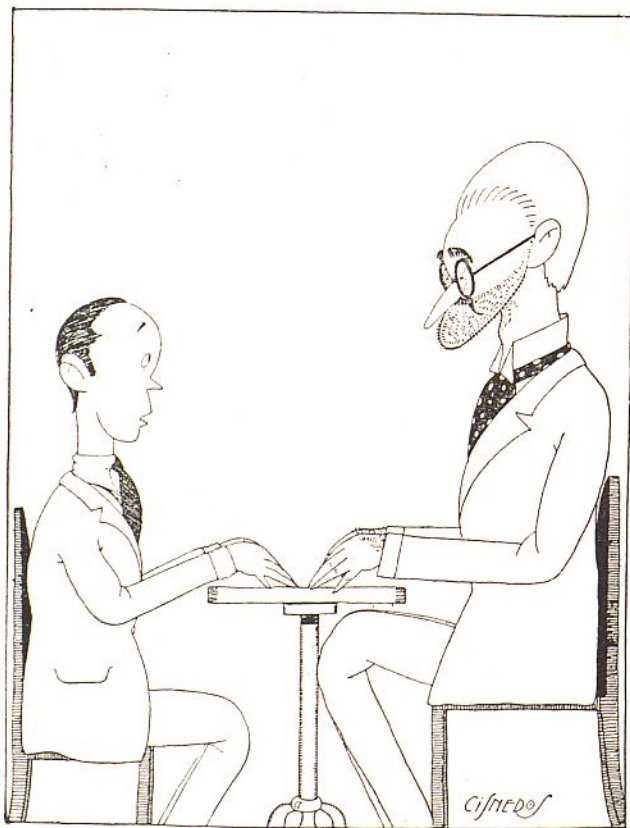
No es un animal que muera como fruta viva, sino casi una persona que está arrodillada y sumisa con un miedo atroz.

Siempre nos han dado ganas de llegar a la cocina como heraldos del Rey que condonan una sentencia de muerte y detener la ejecución del pavo, pero como siempre esos heraldos llegan a caballo y nosotros no tenemos caballo posible dentro de casa, no hemos cumplimentado ese deseo íntimo de salvar al pobre caballero hugonote.

Tiene una cosa taciturnal y turba lo- ra el comer pavo, que siempre me ha amargado un poco la alegría de su regusto. Hay en gran parte de él, en su mayor parte, un sabor enlutado y hasta su misma carne en general tiene un tono ennegrecido y lúgubre.

Se podría decir que está exquisita de melancolía su carne y que hasta última hora impone con ese tamaño sobrenatural que adquiere en la gran fuente y esa dureza con que se opone al cuchillo.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



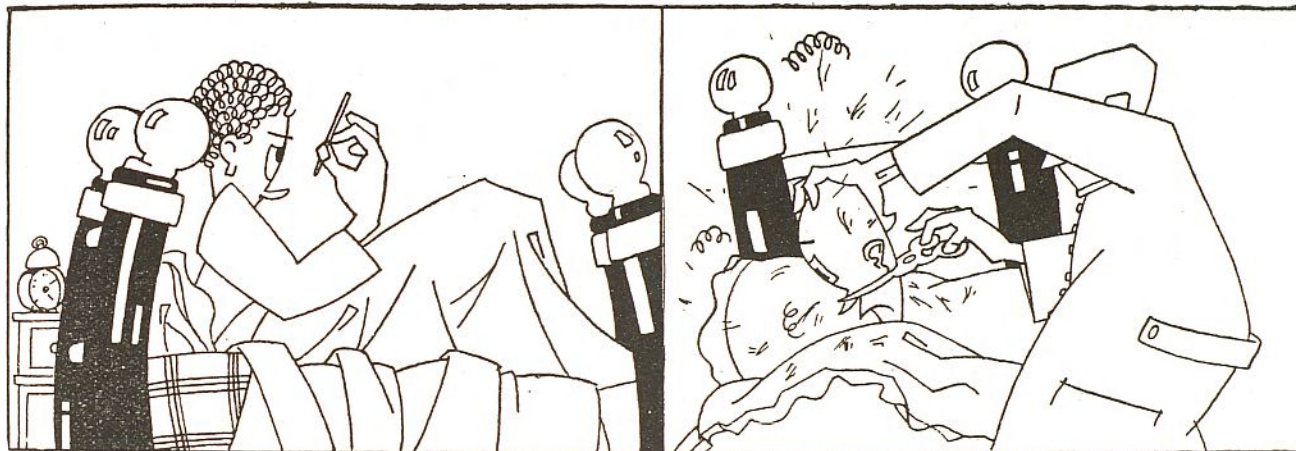
Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿No contesta el espíritu?

—¡No, dice que está sindicado y que ya terminó sus ocho horas de trabajo.

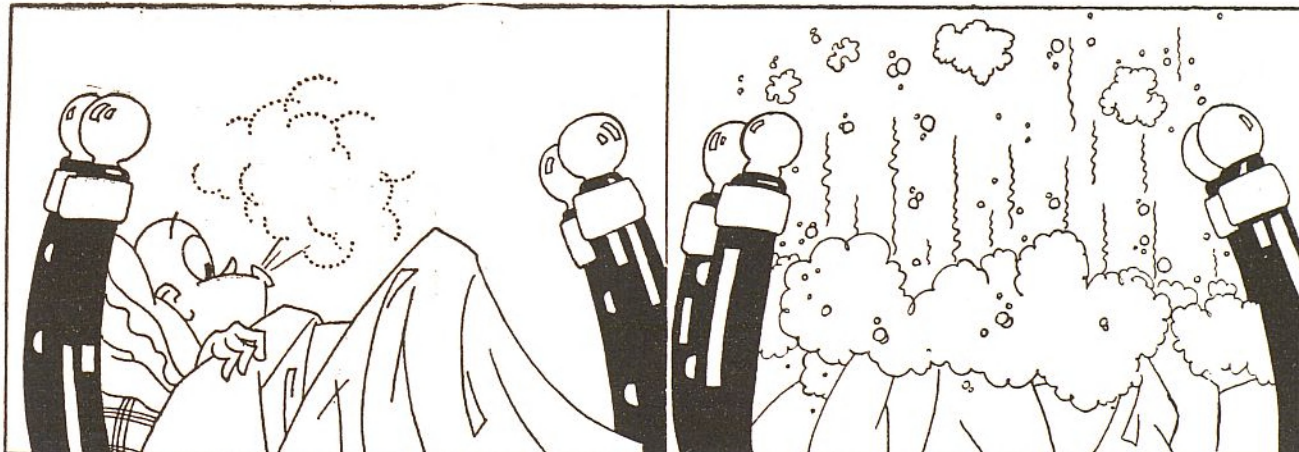
EL TRATAMIENTO DEL DOCTOR ROSKOPF PARA CURAR LA FIEBRE

Historieta por CASTILLO.—Madrid.



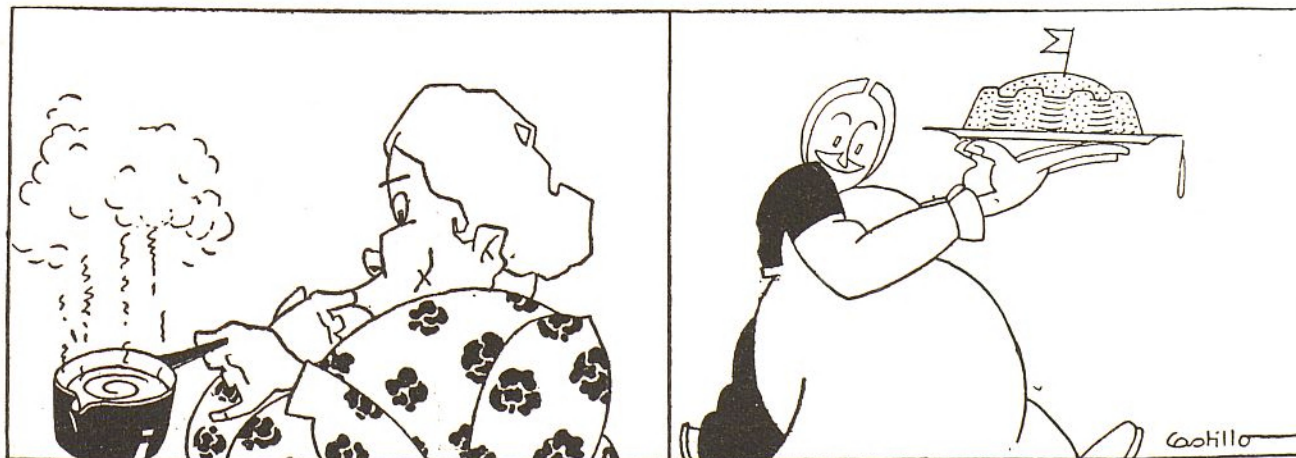
Supongamos que el joven Basilio cae en cama con unas decimillas. Se meterlo a régimen de castañas.

Hacer subir la fiebre a 40 grados. Cataplasmas a todo meter y que lo pelen.



La fiebre sube a 51 grados. El joven Basilio empieza a soplar y a ponerse fierrecito.

Al llegar a los 53 grados, el joven Basilio hierve. Dejarlo espesar y pasarlo por un colador.



Adobarlo con una hojita de laurel y miel de romero. Dejarlo enfriar en un molde.

Invitar a comer a los amigos para que se convenzan de que el joven Basilio está muy bueno.

UNAS OPOSICIONES PARA QUITAR LA CABEZA

Hace días, hojeando la revista *Zhe-regumill*, de Mesopotamia, he leído la reseña de las oposiciones que para cubrir la plaza de verdugo, vacante hace algún tiempo, se han celebrado últimamente, y a las que concurren gran número de ciudadanos.

La tal plaza era una bicoca, y como el verdugo de Mesopotamia llevaba sin cumplir su cometido, pero cobrando no obstante su sueldo cerca de diez años, el gobierno de su país, cansado de hacer el indio comanche y ante la necesidad de aligerar el presupuesto, ha decidido que el susodicho y honorífico cargo sea de ahora en adelante pagado a destajo. Y para ver quién es

el que tenía más aptitudes, se han verificado las oposiciones.

Todo esto me sugiere varios comentarios que no quiero pasar por alto.

En primer lugar, la conducta del verdugo de Mesopotamia, cobrando su sueldo sin matar a nadie, me parece una monstruosidad. Ya que si el Gobierno no le daba trabajo, debió ejecutar por su cuenta a alguien, para demostrar ante la luz pública el pleno goce de sus facultades corporales y que le tenía afición al cargo.

También me asalta una duda: ¿cómo un verdugo que nunca mata a nadie, y que por consiguiente el sueldo que cobra se lo estafa al Estado, puede vivir

tranquilo, ajeno a la alegría que proporciona la satisfacción del deber cumplido?

Al llegar a este punto, no puedo menos de hacer una severa crítica de la burocracia universal. Claro que hay excepciones; pero desde luego me creo obligado por un deber de conciencia a llamar la atención sobre un centro burocrático cuya actividad es merecedora del más alto elogio. Me refiero a esas secciones de los Ministerios de la Guerra que se titulan «Junta para la protección y fomento de la Cría Caballar». Verdaderamente no puede negarse que el éxito ha superado en mucho a lo que sus organizadores pudieron pensar, ya que el número de bestias aumenta de modo muy considerable. No hay que recurrir a la estadística para darse cuenta de esta multiplicación maravillosa, sobrenatural y bíblica.

Pero voy apartándome del tema...

Según la revista citada, los candidatos a la plaza han sido numerosísimos, debido a lo cual los ejercicios fueron muy reñidos. Estos eran dos: uno teórico y otro práctico. El primero componíase de dos partes: Trigonometría y Rudimentos de Garrote Público. El segundo ejercicio, o sea el práctico, era más sencillo: consistió en que cada opositor ejecutase ante el Tribunal a alguna persona, que debería llevar al efecto, para demostrar así su competencia. Como detalle gracioso se cita el de un individuo que verificó el ejercicio práctico en la persona de su padre. Obtuvo una buena puntuación, siendo muy elogiado este rasgo tanto por el Tribunal como por el numeroso público que presenciaba los ejercicios, y que, al terminar, le hizo objeto de una cariñosa manifestación de simpatía.

Como varios opositores protestasen, por creer que si habían verificado peor que otros el ejercicio práctico era por habérselos dado un garrote defectuoso, el Tribunal, llevado de un plausible y prudente acuerdo, optó porque fuera repetido, verificándolo esta vez todos con el mismo aparato.

Después de muchas deliberaciones, la plaza le ha sido concedida por unanimidad a un tal Luisoff Aldekoawsky, muchacho de excelentes condiciones y a quien según los técnicos le esperan muchos triunfos en su carrera.

Hago también constar que ha habido varios opositores que resultaron aprobados sin plaza.

Con motivo de su triunfo, Luisoff Aldekoawski está recibiendo felicitaciones de todo el mundo.

Una a ellas la mía, muy sincera y cariñosa.

MANUEL LÁZARO



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡Usted perdone, señor ladrón, creí que era usted mi marido...!

LA SALUD ES LO PRIMERO

Te ofrezco, lector, la historia de cierto hecho positivo que guardo yo en el archivo de mi ya vieja memoria.

El sabio Doctor Vivales inventó cierto específico que era un remedio magnífico contra los más fieros males; un remedio colosal que produjo un alboroto en Madrid y en todo el protomedicato nacional.

Porque, según él decía en un anuncio sencillo lo mismo que el tabardillo curaba la pulmonía, y que en la farmacopea nacional, aunque copiosa,

no había existido cosa igual a su panacea.

«Se acabaron las neuralgias, las diabetes, las nefritis, el cólico, las bronquitis, las dispepsias, las gastralgias, los males del corazón, los dolores de las ciáticas, las afecciones hepáticas, la gota... ¡y el chaparrón!

Así decía Vivales hablando de su específico, que era un remedio magnífico contra los más fieros males.

Creyó el público el mejor el específico aquel y ¡es claro! acudió en tropel a casa del inventor, y fué tan extraordinario

el éxito y tan pasmoso que aquel doctor venturoso llegó a hacerse millonario.

Pues bien; dispuso la suerte que aquel célebre doctor en el lecho del dolor cayese herido de muerte; y como no había espera, sus parientes y allegados llorosos y acongojados le hablaron de esta manera:

—Tu estado es muy peligroso, y si es que aprecias tu vida, debes tomar en seguida tu específico famoso.

—¿Mi específico? ¡No quiero!

—¡Si con él te curarás!...

—¿Mi específico? ¡Jamás!

¡La salud es lo primero!

MANUEL SORIANO



HISTORIA DE MOSCAS

Por MARIO RADAELLI

Yo no sé si ustedes conocen la historia de la mosca y de las tres mosquitas, pues en materia de moscas el hombre es, evidentemente, de una gran ignorancia.

En la fonda, oye usted a cada rato la voz iracunda de un cliente que grita: «¡Mozo! ¡Hay una mosca en la sopa!» Siempre el mismo grito, sólo cambiando el plato, como si una mosca fuera siempre igual a otra mosca. Sin embargo, esos mismos clientes saben distinguir, por ejemplo, entre el gruyère y el camembert, aunque los dos son quesos, y al pedir los postres no confunden uno con otro.

Por estos y otros motivos sospecho vehementemente que ustedes no conocen la historia de la mosca viuda y las tres mosquitas, sus hijas, que se reu-

nieron alrededor del lecho de muerte de la mosca madre para recibir sus últimos consejos.

Es sabido que estos últimos consejos suelen ser de una gran sabiduría y no deben ustedes asombrarse por lo tanto, de que la mosca viuda hablara de este modo:

«Hijas mías, siento que las fuerzas me van a faltar. Escuchadme atentamente. Nosotras somos el único ser en este mundo que en cualquier sitio encuentra lo que necesita. No dependemos de nadie, no somos esclavizadas por nadie, ni puestas en jaulas para que cantemos, ni atadas con cadenas para que ladremos, ni uncidas a carros para que tiremos. Todo lo que existe nos pertenece. Sólo tenemos un enemigo; ese animal que no tiene más que

dos patas y se llama hombre. De ese debéis guardaros, hijas mías, con mucho cuidado y no fiarse de él nunca, aunque sea chico, sea grande, sea varón o mujer. El es el único ser dañino que existe en el universo. Sin el hombre, el mundo sería un paraíso.

La existencia de animal tan perverso es la única cosa que me ha hecho dudar de la existencia de Dios. Dios me perdona. Porque, si es tan bueno ¿por qué permite que exista y pulule ese enemigo de la mosca?

En fin, ese es un misterio, pero no olvidéis nunca que es el único animal que falsifica. No comáis nunca cosa manipulada por él...»

Y la pobre mosca expiró sin poder terminar la revelación de su secreto. Y las tres mosquitas lloraron largamente,

y luego emprendieron el vuelo, desoladas, sin rumbo, con tal de ir lejos de aquel lugar tan triste, que ya les parecía empapado de dolor.

Y, al caer la tarde, llegaron a una casita y penetraron por la ventana abierta del comedor, donde, sobre el mantel tendido, vieron una copa llena de vino.

Una de las tres hermanas, la más pequeña y, por lo tanto, menos resistente a las tentaciones, dijo que tenía

hambre y sed, y que tomaría ese vino.

La mayor y más prudente, recordó a la menor las palabras de la madre; pero la menor, que había crecido en una Universidad y había aprendido a razonar como los doctores, explicó que el vino se hace con uva exprimida y no es, por lo tanto, un producto del hombre sino de la naturaleza, y se posó sobre el borde de la copa y tomó vino.

Cuando las tres hermanas reanuda-

ron el viaje, la pequeña se detuvo de pronto y, entre la desesperación impotente de las hermanas, falleció. El vino estaba falsificado.

Muy tristes siguieron el viaje las dos mosquitas y cuando las fuerzas le faltaron, se metieron en un caserón que resultó ser un establo y vieron una mujer que ordeñaba una vaca. La lechera, proyectaba como una flecha de marfil, levantaba a cada chorro volúmenes de espuma y el balde se llenaba insensiblemente.

La menor de las dos moscas dijo entonces a la mayor que tenía hambre y sed y esperaba a que la mujer se alejara para tomar esa leche. La mayor le recordó las palabras de la madre; pero la menor observó que allí no cabía falsificación, pues la leche salía evidentemente de la vaca.

La ordeñadora terminó su trabajo, se levantó, cogió el balde con la leche y se metió en una habitación inmediata. Al rato, sacó fuera un tarro, lleno hasta el borde de leche espumosa.

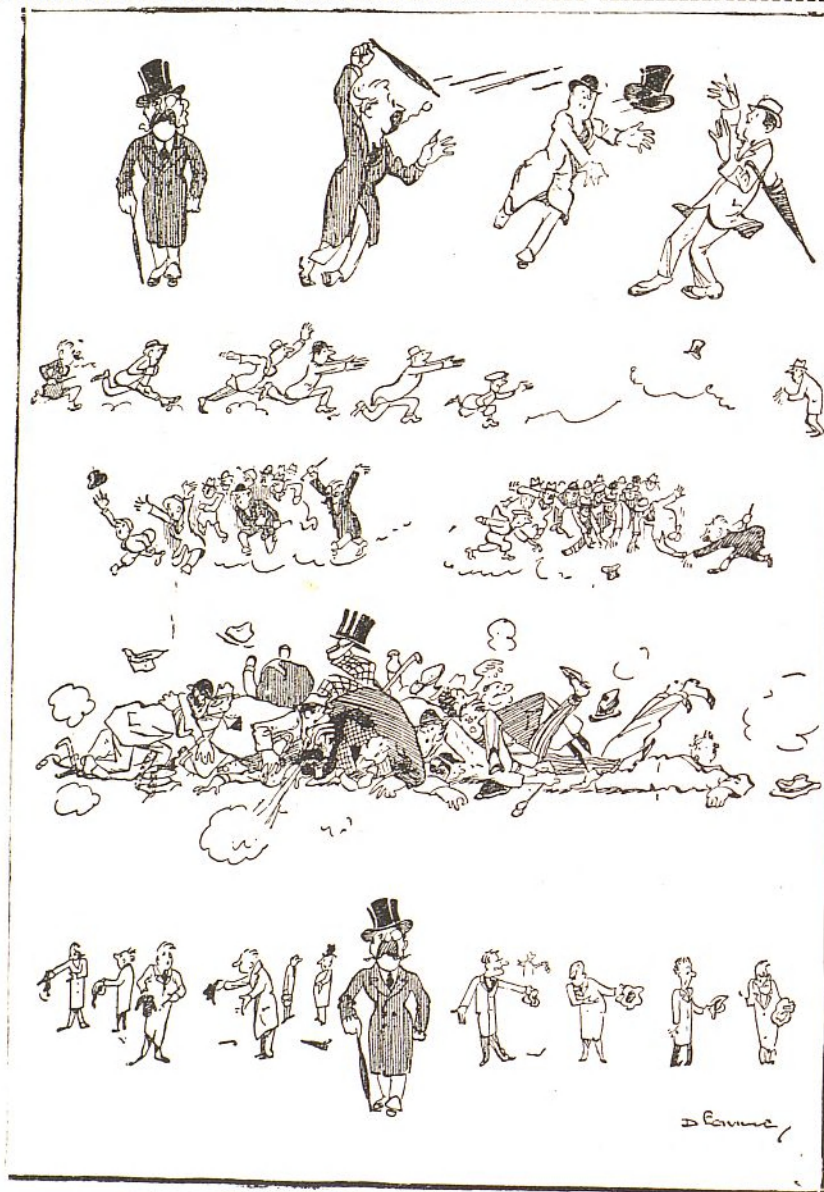
La mosquita hambrienta se precipitó y bebió golosamente toda la leche que pudo. Cuando se reunió con su hermana, vió que la ordeñadora sacaba fuera del cuartito inmediato, uno tras otro, cinco tarros todos llenos de leche espumosa, y observó que era cosa de milagro haber llenado cinco tarros grandes con sólo un balde de leche; pero no pudo completar sus observaciones pues terribles dolores comenzaron a retorcerle los intestinos y murió al poco rato. Evidentemente, la leche estaba falsificada.

La hermana mayor, sola ya en el mundo, voló toda la noche y a la mañana siguiente, cansada, hambrienta, desesperada, se metió en una farmacia en momentos en que el farmacéutico despachaba polvos insecticidas, especiales para matar moscas. Decidida al suicidio, sin esperar a que el boticario se alejara, fué a posarse sobre el polvo y comió, comió, comió. El boticario la vió y la espantó con gesto de mal humor.

La pobre mosca, llena de veneno, se posó en un rincón junto a un vidrio de la ventana y cerró los ojos esperando la muerte.

Un bienestar creciente se apoderó de ella. El cansancio y la digestión la amodorraron. Soñó con un mundo mejor, donde no había hombres y se podía vivir sin desconfianza. Por fin, despertó. Estaba fuerte y descansada; ningún dolor, digestión perfecta y renovada alegría de vivir.

El insecticida estaba falsificado.



(De London Opinion, Londres)

EL SOMBRERO DE COPA

A. R. H.

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Celerino Pérez R, Avenida Brasil, 58.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Aristarco. Leganés. — ¡Ahí está usted bien! ¡No se mueva de tan encantadora población, y tal vez será posible que consiga curarse de la catastrófica chaladura que le aqueja!...

Rubio Armán. Madrid. — Aprovecharemos dos dibujillos de los tres que ha lanzado usted sobre nuestras sufridas costillas.

Prim. Madrid. — No puede ser, mi general.

C. M. A. Alicante. — Muy sucio querido socio.

Don Rodrigo. Valladolid. —

A Dios pongo por testigo y me juego duros diez a que son una idiotez los versos de Don Rodrigo.

CUPÓN

correspondiente al núm. 215 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Galínez. Badajoz. — Siempre hemos creído que Galínez era un imbécil, pero tanto no nos o hubiésemos figurado jamás.

El portero. — ¡A otra puerta, caro amigo!

F. M. Escribano. Santa Cruz de Tenerife. — Su cuento *La joroba*, como tener gracia... ¡la verdad!, no la tiene, pero en cambio es más viejo que Pastora Imperio y, váyase lo uno por lo otro.

Primorez. Carcagente. — Verdaderamente lamentable.

El abate Mendoza. Madrid. —

Perdone, querido abate, pero esas imitaciones son peores que el chocolate que dan en las estaciones.

O en las fondas de las mismas cuando para el tren, para que a usted no le quepa la menor duda sobre lo que hemos querido decir.

V. G.^a H. Hospital Militar. — Ese *Borracho* no se lo admitirían a usted ni en la comisaría del distrito más cercana. ¡Calcule, pues, cómo se lo vamos a admitir a usted nosotros!... ¡Que se serene y veremos!

A M A D O R

FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

Cabello Rizado. — Lo que nos manda está: Cabello es sencillamente descabellado. El se habrá creído que estaba al pelo, pero aquí estamos nosotros para que no siga más tiempo en tan vituperable creencia.

F. Heydrich. Barcelona. — Sus suaves cuartillas no tienen aprovechamiento. Por lo menos el aprovechamiento correcto y oportuno que usted deseaba. De otra clase de aprovechamientos no hablamos, ni usted lo merece, ni los osaremos por muy apurados que nos viéramos. Queremos, en suma, que tenga usted que agradecerarnos alguna fineza, ya que no la de publicar su artículo.

J. M. C. Bilbao. — El tema es viejo y la forma no digamos que es de una novedad desbaratante. En resumen: que no conviene.

M. Velox. Madrid. — Deje usted a las pobres mujeres que se vistan como quieran, que se destapen por donde les de la gana y que enseñen a los transeúntes hasta el latín. Con no mirar está usted al cabo de la calle. ¡Pero como nosotros miramos y, además, nos parece muy bien esa crisis de la tela, quiere decirse que no podemos prestar nuestra protección al artículo crítico y un si es no es infame que nos envía sobre tan agradable asunto!

¿Le gusta oler bien?

Compre sus perfumes en
"Lillo". — Fuencarral, 62

A la presentación anuncio, 5% de descuento

A. Pons. — La argamasucia humorística titulada *Cómo murió Zaratustra*, nos ha gustado bastante. Tanto, que la publicaríamos si no flagela a usted en ella a tres ilustrados amigos nuestros a quienes hemos jurado proteger hasta la muerte. Excusamos añadir que el día que escriba usted acerca de personas que nos chinchén o que nos tengan sin cuidado, se hace usted el amo de esta casa o, por lo menos, uno de los condueños. ¡Está dicho y no quitamos ni una coma!

F. Grifol. — Es más inocente que un cordero pascual. Y nos ha hecho la pascua mucho mejor que el cordero.

Marco de Aphorae. Grecia. — La historia del *microequipaje* no nos ha satisfecho del todo. El cupón sirve para cada envío de chistes, siempre que no lleguen a doscientos cuarenta o a una cifra así de abusiva.

¡¡¡PARA BODAS!!!

SEGURA

FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

Crates. Madrid. — Cuando lo leímos ya estaba pasado de actualidad.

J. del S. Madrid. — No tiene ni la gracia necesaria ni la intención suficiente su artículo de costumbres submarinas titulado *El cuento de*

los peces de colores, y tratándose de esos señores, es forzoso el reírse y, como los lectores no se podrían reír, se llamarían a engaño y

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

podríamos tener un disgusto. ¡A evitarlo, pues, con todas nuestras fuerzas, y otra vez será!...

J. Coba. Barcelona. — No sirve. Príncipe encantador. Barcelona.

¡Oh, príncipe encantador!

Díme ya, por Belcebú, si hay quien escriba peor que como has escrito tú!

¡Rediez, con el articulillo! ¡Es para reventar del corazón, sin poder articular ni una palabra, ni despedirse siquiera de la familia!

J. G. Marcuello. Valencia. — No ha acertado usted tampoco esta vez con *El invento*. Los que hemos acertado somos nosotros, que en cuanto vimos las cuartillas dijimos: ¡éste no acierta, y acertamos.

El molinero Lino de trigo no muy fino hace una gran harina, es tan sólo porque limpia las muelas del molino con el Licor del Polo.

J. Montal. Zaragoza. — Es muy poquita cosa su diálogo telefónico, amigo Montal.

Y le rogamos, Montal, que nuestra humilde opinión no le parezca a usted mal porque es sincera, leal, honrada y de corazón.

¡Y perdone que insistamos tanto y en verso por añadidura, pero como usted es de Zaragoza, no queremos ser menos nobles y francos y baturos que usted. Y, a propósito, ¿es usted baturo?... ¡Porque si no lo es, no hemos dicho nada!...

**SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO**

os asombrará en breve plazo

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre amigos:

—¿Y por qué te obstinas tanto en que tu hijo sea boxeador?

—¡Es que soy dentista, amigo!

Garrotín.—Vigo.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Entre artistas:

—El asunto del teatro Real está planteado en los siguientes términos: Unos dicen que debe derribarse y otros que pueden hacerse obras en él.

—Hombre, yo creo que si se pueden hacer obras, no hay necesidad de derribarlo.

Jenaro Bustamante.

“BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Teas” Alberto Aguilera, 29
Teléf. 11-59 J. J.

En un departamento del tren van dos recién casados.

El.—Dime, vida, ¿vas ahí bien?

Ella.—Sí, muy bien.

El.—¿Está bien resguardado ese sitio?

Ella.—Mucho, sí.

El.—¿No corre viento? ¿Estás bien cómoda?

Ella.—Sí, hombre, perfectamente.

El.—Pues mira, encanto, haz el favor de dejarme ahí, porque aquí estoy muy incómodo y me estoy helando vivo.

K. Bezas.—Málaga.

Entre estudiantes:

Uno.—¿Por qué no has ido a clase de latín?

Otro.—Porque me está resultando un latazo.

Zenitram.—Fregenal.

—La felicidad, señores, es cosa muy relativa. Yo tengo un amigo cuya felicidad sería tener callos en los pies.

—¡Jesús, qué barbaridad!—exclamó una joven.

—Hay que tener en cuenta, señorita, que al amigo a quien me refiero le faltan ambas piernas.

Masto.—Madrid.

En la comisaría:

El juez.—¿Con qué agredió usted a su esposa?

El acusado.—Con un arma blanca.

El juez.—¿Cómo?

El acusado.—Claro; le di en la cabeza con el mármol de la mesilla de noche.

Santiago Santacreu.—Melilla.

Entre amigos:

—Estoy desesperado; yo hubiera podido casarme con una rica marquesa, si no se hubiera opuesto a ello toda la familia en masa.

—Pero... ¿y la marquesa?

—¿No ves que también forma parte de la familia?

J. R. J. L.—Tetuán.

De su catarro endiablado

aquí el ruido se percibe.

¿Qué piensa ese desdichado que no usa Jarabe ORIVE?

En un examen:

Examinábase un alumno inexperto y llevó de apuntador a su tío. El profesor le pregunta qué significa «Ego». El alumno, no sabiendo qué contestar, mira a su tío, y éste, viendo el apuro, le indica a sí mismo con un dedo. Entonces el alumno contesta rápidamente:

—El chaleco de mi tío.

Gómez y Bueno.—Madrid.



—¿Es verdad que te has casado?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con una viuda.

—¿Y eres feliz?

—Mucho: Figúrate que hasta he tenido la suerte de que me esté bien la ropa del primer marido.

A. P. P.—Ceuta.

Enferma precavida:

Una señora se siente enferma y llama inmediatamente al doctor.

Doctor.—¿La ha entrado a usted de pronto fiebre?

Enferma.—Sí, señor.

Doctor.—¿Y ha sentido escalofríos?

Enferma.—También.

Doctor.—¿La han castañeado los dientes?

Enferma.—No, señor; los había puesto encima de la mesa de noche.

Luis Arenas.

Aparatos fotográficos

Gramófonos

Objetos para regalo

Jiménez: Preciados, 60

—¿Cuál es el coltro de un incendio?

—Que cuando esté en todo su apogeo, lo sofocuen.

Ginés Sanz.—Lorca.

—¿En qué se parece una iglesia cerrada a la tisis galopante?

—En que no tiene cura.

Una morena.—Barcelona.

La vecina.—¿Por qué ha sacado usted el niño del colegio?

La tendar.—Porque me lo estaban echando a perder, enseñándole que el kilo tiene mil gramos...

Doña.—Sevilla.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

TAPAS Para la encuadernación de “BUEN HUMOR”

Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. SENABRE.—Madrid.

—¿Estás enterada que doña Ursula es sonámbula y por las noches anda?...
—¡Qué tonta! ¡Y para eso tiene tres autos!...

Ayuntamiento de Madrid